

MANUEL VALDIVIA RODRÍGUEZ

***EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA
Y SUS DIMENSIONES***

El mejoramiento de la calidad de la lectura de nuestros estudiantes es sin duda una preocupación imperiosa en el país, sobre todo después que se conocieron los resultados nada favorables de las evaluaciones relativamente recientes. Por ello justamente se han puesto en marcha algunas iniciativas para fomentar la lectura, algunas de ellas convertidas en programas de emergencia. Pero mucho me temo que las esperanzas fundadas en esos esfuerzos terminen siendo frustradas, porque pretenden una solución inmediata cuando, en realidad, el problema es tan profundo que para resolverlo no bastan campañas de avivamiento ni programas de plazo breve.

Debemos convencernos de que el fortalecimiento de la lectura en los niños y adolescentes es tarea de varios años. Siempre se ha dicho que una vez que los alumnos aprenden a leer necesitan, por lo menos, tres o cuatro años de trabajo para consolidar esta adquisición y hallarse en condiciones de aprovechar de la lectura para el aprendizaje, la reflexión y el disfrute, que son los niveles más altos de esta actividad intelectual. Si el plazo es tan amplio con los niños y niñas que comienzan su aprendizaje, también es así para quienes, sin importar el grado de escolaridad en que se encuentran, presentan deficiencias muy grandes.

Para enfrentar el problema y superarlo, lo primero que se debe hacer —y nosotros no lo hemos hecho— es delimitar los campos de trabajo. Las direcciones que tomemos en la marcha serán distintas según los propósitos que queramos lograr. Por ahora, en este momento de urgencia, lo que nos interesa es que nuestros estudiantes lean mejor; otra cosa será cuando intentemos que lean más o cuando busquemos que se aficionen por la literatura. Si lo primero no se da, no se dará lo segundo.

Si nos mantenemos con la primera pretensión y buscamos que los niños y adolescentes lean mejor, tenemos que ser conscientes de que la calidad de la lectura depende de por lo menos tres componentes: el dominio del idioma, el conocimiento temático y el manejo de las estrategias de lectura. Los tres componentes se favorecen mutuamente, pero por desgracia también se perjudican entre sí cuando alguno de ellos es feble.

El dominio del idioma

Todo texto es una estructura verbal. Quien lo escribió expuso su pensamiento valiéndose de palabras y combinaciones sintácticas que le convenían para traducir de modo inteligible lo que formulaba en su mente; usó, inevitablemente, el idioma que les sirve como a todos para pensar y comunicarse. Por su lado, quien se dispone a leerlo debe dominar la lengua en que quedaron plasmadas las ideas del autor. Esto es lo elemental en el mecanismo de la comunicación, pero detrás de ello hay un mundo.

Por lo general, los textos que llegan a la forma impresa -en libros, revistas, periódicos, folletos- están escritos en el nivel estándar de la lengua, que no suele estar al alcance de todos. La lengua en que se lee no es la misma del coloquio familiar o amical, ni es la que se escucha en las esquinas del barrio. Ni mejor ni peor, es sin embargo distinta. Y no es compartida por todos; sólo la poseen aquellos que la han cultivado, insensiblemente, en años de lectura y educación.

El uso estándar de la lengua se caracteriza por la riqueza y la precisión del léxico y por la familiaridad con estructuras sintácticas y textuales complejas. No es frecuente encontrarlo en la comunicación oral, pero sí es característico del material escrito que se precia de rigor y calidad intelectual. No es, en modo alguno, un adorno superficial; es justamente el instrumento que permite la comunicación entre gentes distantes en el espacio y en el tiempo, y que para ello se valen de documentos escritos. Esa es precisamente la nota que lo hace valioso.

Los niños, jóvenes y adultos dueños de un código restringido, que sólo manejan el sociolecto de su medio, difícilmente pueden acceder a los textos que están escritos en la forma estándar. Para ello hace falta el trabajo de enriquecimiento de su lengua, que requiere de muchos años.

El conocimiento del asunto

Excepto en algunos juegos verbales –como en las jitanjáforas o los trabalenguas– en cualquier texto, por elemental que sea, se habla sobre un tema, y sobre dicho tema se dicen cosas. Para entender lo que allí se dice, el lector debe tener un conocimiento previo, que se activa de inmediato apenas entra en contacto con las ideas que encuentra. Por eso, el conocimiento previo sirve como soporte para la comprensión de lo nuevo. Todos podemos dar testimonio de las ocasiones en que la ignorancia sobre un asunto nos ha impedido comprender el texto que teníamos entre manos aun cuando podíamos traducirlo fácilmente a voz. Cuántas veces, por ejemplo, hemos querido entender los textos que acompañan al resultado de una radiografía o un examen de laboratorio; a pesar del interés y de la necesidad que nos embargaban, el contenido de esos textos permanecía incógnito para nosotros; sin embargo, el médico que recibía el resultado sonreía tranquilo o se preocupaba porque él sí comprendía lo escrito; y sucedía así porque él era conocedor del asunto

Aun más: el conocimiento que poseemos está organizado en la mente, en estructuras o esquemas bastante complejos, en los que se va agregando o no lo que se encuentra como novedoso en los textos que se lee. Así, el conocimiento previo a la lectura se enriquece y aun se reorganiza en función de lo que se encuentra en los textos. Por eso mientras más sabe una persona más gana con la lectura. Así se cumple, pues, aquello de que “la lectura enriquece a los ricos”. Las dos esferas de que hemos hablado hasta ahora no están separadas: la adquisición de contenidos siempre viene aparejada con un enriquecimiento lingüístico. Cada cosa que conocemos ingresa a la

mente con un nombre; cada idea que aprehendemos toma forma de un enunciado estructurado con palabras. Y, al revés, un nombre o un enunciado conocidos a medias cobran sentido y se iluminan cuando se amplía nuestro conocimiento directo del mundo.

El manejo de las estrategias de lectura

Al conocimiento del tema y al dominio del idioma se añade un tercer componente: el manejo de las estrategias de lectura. Es evidente que no se utilizan las mismas armas intelectuales cuando se lee una receta de cocina que cuando se lee un editorial periodístico o un artículo de ciencia; ni tampoco se aplica el mismo procedimiento cuando se indaga por un dato preciso que cuando se analiza una argumentación o cuando se siguen los pasos dictados por un manual. El proceso de la lectura es tan complejo que se pisa terreno minado cuando se intenta construir una lista de técnicas y estrategias para leer. El hecho es que existen, que deben ser aprendidas explícitamente y que necesitan ser practicadas.

Pero el aprendizaje y la consolidación de las estrategias de lectura se producen mejor cuando entran en juego en actos verdaderos de lectura, cuando el sujeto —sea niño, adolescente o adulto— entra en contacto con materiales que va a estudiar en profundidad, sea porque son requeridos en la vida familiar (v.g: una carta que explica una decisión); en la vida académica (v.g.: el proceso de la emancipación americana); en la vida laboral (v.g.: el reglamento del taller); en la vida ciudadana (v.g.: el plan de gobierno municipal que ofrece un candidato).

La confluencia de los tres componentes

Es equivocado creer que se aprende a leer en los primeros grados de la escolaridad y que con eso basta. Se necesitan años de trabajo para conseguir el dominio suficiente siquiera de las estrategias que podrían ser consideradas fundamentales. Se podría afirmar que, en el

marco de un proceso educativo bien conducido, las bases de la lectura podrían quedar bien cimentadas al cabo de los seis años de la educación primaria, habida cuenta de que se necesitaron dos o tres años para la etapa de adquisición.

Durante la etapa de consolidación y después, cuando ya se emplea la lectura como instrumento de desarrollo personal, entran en juego las tres esferas o componentes de que hemos hablado, trabándose en una mecánica tal que las tres se necesitan mutuamente y las tres se benefician también en forma recíproca.

Los diálogos, las entrevistas, la búsqueda de información, la redacción de informes, la solución de cuestionarios, la lectura individual y en grupo, las consultas por la Internet, la lectura de mapas y de cuadros, la solución de problemas, la elaboración de carteles y murales y otras, muchísimas, actividades, van acrecentando la cultura personal de los lectores, enriqueciendo el empleo del idioma y fortaleciendo el manejo de estrategias cognitivas, una de ellas la lectura. El trabajo educativo va reforzando la totalidad de las facetas que conforman la formación intelectual de los estudiantes: su capacidad para la comunicación, su espíritu crítico, su adhesión al valor de la verdad, su competencia para la investigación, sus actitudes de perseverancia, de búsqueda de precisión y claridad. Esa es la única posibilidad: es buen lector quien es bueno en todo lo demás.

Si se reconoce la complejidad que caracteriza a la lectura no se puede pensar que, frente a las deficiencias que muestran nuestros estudiantes, basta con tocar la alarma y ponerse a acciones inmediatas pensando que se va a conseguir una mejora en plazo breve. El proceso de recuperación va a requerir de mucho tiempo, aun si comenzamos el trabajo de inmediato. Pero sólo tendrá resultados positivos si se trabaja en los tres caminos que se entrecruzan: un fortalecimiento en el uso del idioma, un enriquecimiento del bagaje cultural y una enseñanza sistemática de las estrategias de lectura. Si no se dan los tres, sólo se avanzará unos pasos.

En consecuencia, el compromiso de mejora es un compromiso de todos. Para el asunto que ahora nos preocupa —el de la calidad

de la lectura— no están convocados sólo los profesores del área de comunicación ni se le pueden dedicar sólo los momentos que se dedica en el aula a ese aspecto de la comunicación. Las sesiones programadas para ciencias sociales y naturales, matemática, arte, formación para el trabajo, para todas las áreas del currículo, si están bien trabajadas terminarán por conseguir un mejoramiento en la calidad de la lectura, puesto que concluirán también desarrollando el uso de la lengua y enriqueciendo la cultura personal. El llamado es pues para todos cuantos tienen que ver con el trabajo educativo, en la escuela y fuera de ella.